

Machista clandestino

■ Confieso que el asunto me deja perplejo, que aún no me puedo habituar al cambio.

Uno se crió con el convencimiento que los hombres debían ser bien hombres, que un elogio a su virilidad era que le dijeran que era bien macho. Como John Wayne, Humphrey Bogart o Henry Fonda. Y ya desde los tiempos del colegio, cuando se flaqueaba en esa imagen de macho necesaria para ser aceptado en el mundo, se recibía el peor de los insultos: "¡Mariquita!". Y después, con el correr del tiempo, el diminutivo se convertiría en omni- no aumentativo.

También se nos enseñó que debíamos ser gentiles con las damas, que ellas, por ser más débiles, merecían nuestra consideración y protección. Por eso era nuestra obligación cederle los asientos y el paso, darle la preferencia en cualquier actividad, retirarles la silla al sentarse y encenderles el cigarrillo.

No sé cuándo y cómo sucedió, pero de pronto la palabra "macho" pasó a ser peyorativa y ser machista un pecado capital. Algunas damas principiaron a rechazar esas atenciones tan trabajosamente inculcadas en nuestros hábitos, como si el aceptarlas fuera signo de inferioridad y el prestarlas un insulto soez.

Lo que era virtud devino en vicio; lo que fue galantería se convirtió en grosería.

Acongojado, consulté mis cuitas con una querida amiga a quien distingo por su inteligencia.

"Lo que sucede —me informó ella con condescendencia— es que todas esas aparentes atenciones que los hombres suelen hacer a las mujeres no constituyen otra cosa que formas de la dominación masculina sobre la mujer. Uds., al hacerlas, están sutilmente recordando una pretendida incapacidad femenina y hacerlas sentir como si sin Uds., los hombres, ellas no podrían subsistir. Lo que se ha llamado..."

—Pero... —alcancé a musitar yo.
"Lo que se ha llamado galantería —continuó ella sin escucharme— es la más hipócrita de las formas de subyugación que un sexo ha tenido sobre otro en la historia de la civilización. Por mucho tiempo las mujeres creyeron que las llamadas "galanterías" era una forma que tenían los hombres para complacerlas, pero ahora han tomado conciencia que no es sino un ardido para engatusarlas, privándolas de su libertad y, lo que es más importante, de su acceso al campo del poder y de las decisiones ¿Cómo alguien..."

—Escucha, me parece que...
Alzó la voz más de lo conveniente y con una mirada que instaba al silencio, prosiguió sin hacerme caso:

—¿Cómo alguien puede confiar en la capacidad ejecutiva, en la inteligencia y en la resistencia física, espiritual y moral de un ser al que otro le está constantemente dando el asiento, protegiéndola de que no se caiga al subir o bajar una escala? Todos esos actos de aparente cortesía no son sino signos visibles de una falsa debilidad femenina que termina por cerrarle las puertas en todas las actividades. Y otra cosa: ¿Qué pretenden los hombres al crearse una imagen de machos? ¿Que son buenos para los puñetes? ¿Crees tú que un John Wayne vale más que un Travolta? Porque si se trata de fuerza y de protección, las mujeres tenemos el judo que..."

—Pero escucha, un momento... —atiné a decir yo.

—¿Cómo puedes ser tan mal educado? ¿No te enseñaron que cuando una mujer habla, un caballero debe guardar silencio?

Como un caballero me callé, mientras ella siguió con su perorata. Mientras tanto, reflexionaba que, en el fondo de mi corazón, sigo siendo un machista.

Claro que, dadas las circunstancias históricas, soy un machista en la clandestinidad.